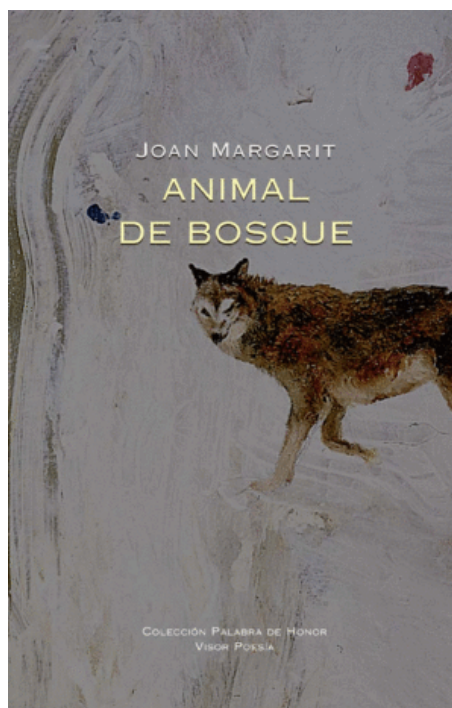


ANTONIO JIMÉNEZ MILLÁN / JOAN MARGARIT: ANIMAL DE BOSQUE

Animal de bosc / Animal de bosque es el libro póstumo de Joan Margarit, fallecido el 16 de febrero de 2021. La versión en catalán apareció en la editorial Proa, en marzo de 2021, mientras que la edición bilingüe (Madrid, Visor, colección Palabra de Honor) (1) lleva en el colofón la fecha 24 de abril de 2021. El título se puede rastrear en el último poema del libro anterior, *Un hivern fascinant / Un invierno asombroso* (2017), «Ningún otro inicio», donde el autor alude al fondo del bosque de los cuentos para reafirmar, en una paradoja aparente, *la felicidad de no ser joven* (Margarit 2017: 95). Varios temas de *Un invierno asombroso* reaparecerán en *Animal de bosque*, empezando por la afirmación del espacio familiar, como uno de los pocos lugares relativamente seguros: ya el primer poema, «Las dos nevadas», trata del momento en el que Joan Margarit conoció a su pareja, Mariona Ribalta (Raquel), el invierno de 1962: la gran nevada que cubrió entonces Barcelona y que ya aparecía en el soneto «Madre Rusia» (Margarit 2018a: 92) se asocia con otra que ocurre casi sesenta años después, a finales de 2020 o principios de 2021, cuando ya el tratamiento médico resulta inútil: «Luminosos y oscuros, transcurrieron / sesenta años: incluso en los más duros / tuvimos el calor de las calles nevadas. / También en este último: cuando, debilitado / por una quimio que no me ha podido / curar este linfoma, te he tenido a mi lado / con la misma sonrisa, y ayudándome / a componer estos poemas». El segundo, «La cocina», empieza a situar al lector en ese ámbito privado, un refugio contra el miedo: «El miedo a todo aquello / que podía venir y acabó por llegar. / Ningún camino ahora nos llega desde allí. / Incluso sin caminos, no nos hemos perdido». Y el siguiente, «Museos», nos lleva al mundo del arte, que ocupa un lugar central en la trayectoria creativa de Joan Margarit; frente a la solemnidad de los retablos, de las escenas bíblicas o de cierta pintura histórica, el poeta prefiere las pinturas «en las que puedo ver los hombres y mujeres, / a veces pobres, en sus propios mundos / de interiores tranquilos, ociosos, trabajando», y detalla algunos nombres de artistas contemporáneos a partir del impresionismo: Nonell, Hopper, Balthus, Lucien Freud, Paula Rego, Bacon.

 Joan Margarit
en Roma



Conciencia de la muerte

Cultura y vida se funden nuevamente en los poemas de Joan Margarit. Para Jordi Gracia, estamos ante el mejor libro del autor: según él, fue escrito con un cuidado «que no derrotó ni el cáncer ni la quimio, pero tampoco el hecho mismo de saber que iba a ser su último libro. Lo supo sin duda y lo asumió sin patetismo, como no hay rastro de patetismo en estos poemas finales, sino un aliento insólito, extravagante, po-

deroso, hacia la celebración de la vida cuando la vida se acaba» (Gracia 2021:). El poema que lleva el mismo título del libro, «Animal de bosque», remite a un poema breve de W. B. Yeats: dice, al final, que el hombre ha creado la muerte, una idea que se consolida a través de las referencias que hace Margarit a los símbolos, los paraísos y las resurrecciones. Si en «Protecciones, consuelos» se afirma que los últimos consuelos son los más duros, en «Gaviotas» encontramos una conclusión rotunda: «Se acerca la absoluta soledad». Pero se trata de una soledad poblada de recuerdos, creadora de nuevos espacios imaginativos, como veremos.

«La calma del retorno» establece un contraste con la juventud que va a ser otro de los ejes del libro, sobre todo cuando se afronten las relaciones de pareja; «Mi juventud fue como la de un lobo», dice el primer verso, en una posible alusión al libro *Els motius del llop / Los motivos del lobo* (1993),

para llevarnos a un estado de ánimo muy preciso: «Busco tranquilidad sin épica ninguna». Se deja de lado la épica al mismo tiempo que se busca la serenidad, la que transmite el poema «Otoño en Elizondo»: «... y siento que quisiera morir en un lugar / desde donde se viera un bosque como este / que, desde las raíces a las ramas más altas, / son el aviso de una paz que ignoro». Por momentos, la muerte trae un sentimiento de liberación, como se ve en «Conmovedora indiferencia»: «... Me libera la muerte: / permite, indiferente, / que me vaya acercando hasta alguna verdad. / Inexplicablemente, esto me ha emocionado». En «Gratitud», un poema dedicado a los hijos, se lee: «Lo que sea la muerte no me importa. / No sé si es un acierto. / Y sé que no se trata de un error». «Razones y caminos» cuestiona el futuro («... no sé qué es el futuro. / Quizás es una memoria que está alzando / su poderoso vuelo hacia algún sitio»). Pero nos encontramos con esa pa-

(1) Todas las citas proceden de esta edición.

radoja que señalaba Jordi Gracia: la oscuridad y el frío conviven con el deseo de vivir, la indiferencia —ya mencionada— ante la muerte no excluye el amor por la vida. Es el mensaje del poema «Viejo enfermo»: «Pero en cambio, en mí, / domina, poderoso, casi violento a veces, / ese mismo deseo de vivir», y creo que no se halla muy lejano de la preferencia por lo real que es bien visible en toda la obra poética de Joan Margarit, incluido, por supuesto, este libro: «Amo lo que es real porque también, / transformado en olvido, lo será mi no-ser, / quizás entre la energía de un agujero negro». Es interesante, en este sentido, recordar la aportación reciente de José-Carlos Mainer: «El mundo poético de Joan Margarit se ha construido sobre una experiencia personal muy rica pero no siempre fácil. No ha ocultado en sus poemas ni el descontento consigo mismo, ni su preferencia por la lucidez descarnada frente al sentimentalismo; por eso tampoco disfraza lo deliberadamente provocativo de sus temas y de sus actitudes» (Mainer 2021).

Dignidad de la pobreza, violencia de la historia

Animal de bosque es un libro que tiene mucho de vuelta a los orígenes. «Desde la pobreza» nos habla del mundo rural de la infancia que contrasta con el paisaje interior de la vejez, un paisaje de seco, y el contraste pasado / presente vuelve a aparecer en «Mañana en Sant Just» a través de unos gorriones que picotean por el suelo y las mesas vacías («Al verlos, sé que los asocio / con aquella pobreza de la infancia / que, siempre y sin piedad, vuelve al final») o en «Rumor de lluvia» («... la humildad de aquellos días»). En 2018, Joan Margarit publicó su libro de memorias *Per tenir casa cal guanyar la guerra / Para tener casa hay que ganar la guerra*. Allí repasaba los primeros años de su vida en Sanauja, Rubí, Santa Coloma y Girona, y consideraba su experiencia del mundo rural como un final de época: «En algún lugar de mi poesía debe de estar esa sensación de último eslabón de una cadena. El final de una época. He transmitido a mis hijos muy poco de aquel mundo rural. Un mundo que ellos olvidarán sin problemas, pero que forma parte de mi escritura. La pérdida recorre de un extremo a otro mis poemas. Ese es mi verdadero punto de partida» (Margarit 2018b: 34).

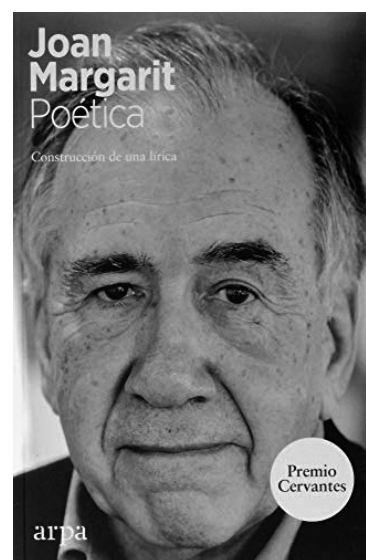
El dilema libertad / soledad, muy presente en el libro de memorias, reaparece en «Primera lección» («Crecí en el lugar mínimo / que queda entre el orden y el desorden»). «El comienzo de todo» recrea nuevamente los paisajes de la posguerra española, ahora con la radio de fondo (en *Para tener casa hay que ganar la guerra* también se habla del cine como vía de escape a la sordidez de aquellos años). Y la dimensión temporal del libro se percibe muy bien en «Pueblo perdido», un poema que contempla tiempos diferentes, como estratos que van apareciendo poco a poco; ahora, se impone una sensación de distancia, tal vez ante el riesgo de una mirada que se queda en la superficie.

Creo que un poema clave de *Animal de bosque* es el que se titula «Iliada». Margarit vuelve a uno de sus temas recurrentes (podíamos recordar «Filósofo en la noche», el extenso poema dedicado a Emilio Lledó en *Estació de França*) para afirmarse en la idea de que la violencia y el afán de dominio se han perpetuado desde hace muchos siglos: «Lo único que cambia es la ciencia: / ni Agamenón —Pitágoras tampoco— / podrían entender nuestras explicaciones». El sentido de estos versos se completa en el apartado «Poesía y ciencia» de la reciente edición *Poética. Construcción de una lírica*, donde Joan Margarit explica cómo la relación de un científico con sus «clásicos» es diferente

a la que puede establecer un poeta: «La supervivencia o, si ustedes quieren, la inmortalidad de la poesía, se parece mucho más a la de la prosa que a la de la ciencia»; aunque también existen afinidades: «Lo que resulta más diferente es que la exactitud en la ciencia y en la poesía va acompañada de la concisión y la precisión, es decir, de la omisión de aquello que no es estrictamente necesario» (Margarit 2020: 42-43). Al margen de estas reflexiones, la desconfianza hacia el concepto de patria y las ideologías se convierte en un tema central dentro de *Animal de bosque*. Lo expresan de manera diáfana unos versos de «Orfeo» («Por miedo a la crueldad de tantos convencidos, / callé en muchas cuestiones, por ejemplo / una vieja aversión hacia las patrias, / la de otros y también la mía»), pero también el análisis de ciertos criterios vigentes en los años de oposición al franquismo, contra los que reaccionó Gabriel Ferrater. Citamos, de nuevo, *Poética. Construcción de una lírica*: «Gabriel Ferrater fue uno de los primeros en hacerlo notar y la suya tiene el mérito de haber sido una visión contemporánea del problema. La soledad, o una de las soledades, de Ferrater, fue precisamente esta, la de encontrarse enfrentado al mismo tiempo a una burguesía a la que trataba despiadadamente de analfabeta y destructora cultural, y a la izquierda progresista del momento, endurecida y a la vez anquilosada por una oposición imposible a un régimen político surgido de una victoria militar, después de una desolada y sangrienta Guerra Civil» (Margarit 2020: 22-23).

Una trágica experiencia vivida desde Cataluña; volvamos, por un momento, al libro de memorias: «Nací en un momento en el que la mitad de un país intentaba matar a la otra mitad» (Margarit 2018b: 91). En el poema «La lámina del monasterio de Santes Creus», un dibujo del padre, anterior a la guerra, le sirve al poeta para construir una versión muy personal del tema que Salvador Espriu abordaba en «Assaig de càntic en el temple»: las razones para no abandonar nunca una tierra, por muy cruel que sea («Y por qué no me fui a pesar de todo: / de otro lugar no alcanzaría nunca / a saber todo lo que sé de este. / Y nada nos protege como el conocimiento»). La guerra civil también es mencionada en «Al salir de un concierto», cuando una mujer que acaba de escuchar la sinfonía *Heroica* de Beethoven, «ampulosa y un poco militar», reniega de «conceptos como España, / la palabra enemigo y su vieja indignidad», mientras que «El pasado, a veces tan difícil» supone un nuevo regreso a la infancia del poeta («... cómo en mi soledad, se unen / un viejo alegre por haber vivido / y el niño que creció entre aquel terror / de una Guerra Civil que nadie, ya, recuerda». Sin embargo, ese recuerdo sigue activo. «Miedo a lo que somos» enfrenta,

A. JIMÉNEZ
MILLÁN /
JOAN MARGARIT:
ANIMAL
DE BOSQUE





A. JIMÉNEZ
MILLÁN /
JOAN MARGARIT:
ANIMAL
DE BOSQUE

al modo de Baudelaire, multitud y soledad, para concluir que el verdadero peligro reside en la primera —en sus violentas expresiones políticas—, mientras que no se justifica el miedo a la soledad. Los dos últimos versos confirman la fuerza del título del libro: «Hoy, viejo ya, con las entrañas frías, / quisiera haber nacido un animal de bosque». La cuestión política vuelve a ser el núcleo de «Rachid Boudjedra», evocación de un escritor argelino, amigo de Joan Margarit, estudiante en Barcelona cuando transcurría la guerra de independencia de Argelia; al tratar sobre las revoluciones, Margarit recupera el mito de Sísifo pensando, tal vez, en otro escritor de origen argelino: Albert Camus.

Presencia / ausencia: Mariona y Joana

Hablábamos, al inicio, de la importancia del espacio familiar. Poemas como «No lo hables con nadie» apuntan hacia un nuevo sentido de la intimidad que descubre el valor del presente («el futuro es hoy»), mientras que «Seducciones, después de tanto tiempo» aborda las infidelidades vistas desde la vejez: «Sin la fuerza con la que desde jóvenes / tuvimos que hacer frente a la infidelidad, / no habríamos llegado a sentir nunca / la ternura de nuestra senectud». Es una sensación que se repite en otros pasajes del libro: «La última intimidad», «La única lealtad» («Yo a tu lado, Raquel, y tú al mío, / no nos faltó jamás la lealtad / de cada uno hacia el dolor del otro»), «Profunda paradoja», «Errores y cloacas», «Contigo» o «Canción del patio», donde el dolor vuelve a cobrar protagonismo: «Ninguno de los dos / ha olvidado qué mezcla tan brutal / de alegría durísima y tristeza sin límites / ha sido nuestra vida». Hay poemas que son como breves iluminaciones de momentos de cierta intensidad vital a lo largo de mucho tiempo; así, «De madrugada» recuerda los viajes a París en un viejo *Dos Caballos*, y «Anochecer de los viejos amantes» recrea *aquella Barcelona donde nos conocimos*. «Otro mundo feliz» se refiere a la década de los sesenta, con los ya mencionados viajes a París —se evoca ahora el café Flore, donde conocieron a Rafael Alberti— y a Ibiza; es evidente la conexión con «Tú, yo y la música», que habla de la simpatía inicial hacia los cantantes franceses (Ferré, Montand) y la afición posterior a la música clásica (Bach, Beethoven, Schubert). En el extremo opuesto, «Amor y miedo» se basa en un gesto cotidiano, el de cerrar la puerta con llave, que es considerado un signo de senectud. Pero domina en todo el libro la complicidad, especialmente en los momentos finales que se intuyen muy próximos, como se comprueba en «Todo va callando». La dureza de la vida es similar a la dureza de la poesía, y termina siendo la única verdad: «Hoy tan solo me habla esta voz / que surge de la propia dureza de la vida, / la única donde hallo, aún, algo de

verdad: / la música cubriendo de belleza a la nada, / mis poemas, la fuerza del amor / y las palabras juntas. Tú y yo. / Quienes los lean en su soledad».

Por otra parte, el recuerdo de Joana ya se hace visible en uno de los primeros poemas de *Animal de bosque*, «Mujer callada», en el que la voz de Mariona / Raquel matiza no ya el sentimiento de pérdida, sino la situación en el presente («No debes llorar más. / Tan viejos no podríamos cuidarla»). Sobre la ausencia vuelven varios poemas del libro: «Amado tiempo con ella», «Una hija» («Pasan inútilmente los

años si se trata / de calmar esta pena por haberte perdido»). «Un precio» alude a los libros de Thomas Hardy que Margarit leía en los cafés de las Ramblas mientras Joana escuchaba música («Los lugares en donde sustentamos / nuestra vida son siempre los más duros. / Ahí es donde queda / lo que tiene que ver con el amor»). Finalmente, la reflexión acerca del viejo mito de Babel, apunta en un principio hacia la maldad de un dios que se opone al intento de construir algo dife-

rente, pero acaba con la afirmación de un espacio elemental, un cielo nocturno que protege a las personas amadas y las cobija frente a la nada, del mismo modo que la poesía era un refugio contra la intemperie en *Casa de misericordia*. En la contraportada de *Animal de bosque*, Luis García Montero escribe que «el lector asiste a un proceso de serenidad que convierte la conciencia de la muerte en un libro de amor, en una vuelta a casa, en una afirmación de la vida».

Reflexiones sobre música y poesía

Hace ya casi veinte años, en una entrevista con José Luis Morante, Joan Margarit asociaba la poesía con la música, relacionándolas con el equilibrio vital: «La música y la

poesía son, después de las personas a las que amo, mis principales recursos de equilibrio interior. Por ejemplo, después de la muerte de mi hija, lo que más me acerca a su invisible presencia son algunas piezas de música, concretamente de Bach: las suites de violoncelo, sobre todo interpretadas por Lluís Claret, y las *Golden Variations* o las *English Suites*, sobre todo interpretadas por Glenn Gould» (Morante, 2003: 108). En *Animal de bosque*, «Música de cámara» evoca nuevamente a Lluís Claret; a tono con el título del poema, la música se asocia a la intimidad, a los espacios limitados que excluyen las reuniones multitudinarias. Aparecen en el libro Bach, Haydn, Beethoven, Schubert, y después César Frank, Tchaikovsky; este último es protagonista inicial del poema «Mañana de invierno, 2020» («Escucho, desahuciado por los médicos, / el concierto de piano de Tchaikovsky»), que acaba siendo una reflexión acerca de la incertidumbre: «Pero la música a menudo triunfa: / lo incierto puede ser aún más



Joan con Joana.



Joan Margarit con su familia. De arriba a abajo: Carles y Mónica (hijos), Joan y Mariona, Eduard y Pol (nietos).

profundo / y hacer más compañía que la seguridad». «Una sencilla despedida» salva la música de Schubert de la desconfianza que mantuvo siempre Joan Margarit hacia el romanticismo —condensado ahora en el personaje solitario de un famoso lienzo de Caspar David Friedrich— y las vanguardias.

Ya distinguimos en el poema que lleva el mismo título del libro, «Animal de bosque», una dimensión metapoética: «Porque la poesía es, para quien la escribe, / aprender a escribirse a sí mismo. / Y para quien la lee, aprender a leerse». «Claro y difícil» confirma la importancia que le concede Joan Margarit al lector («El poema es la llave que el lector / lleva en sus ojos») y que argumenta en su *Poética. Construcción de una lírica* a través de una nueva aproximación a la música: «Es como si el poema fuera una partitura que escribe el poeta, y que el lector o lectora tuviera un instrumento para interpretarla. En soledad» (Margarit 2020: 36). También en el volumen *Poética* existe un capítulo dedicado a «Poesía y arquitectura». En él se dice: «Se podría hacer un paralelismo con la poesía, que trata de conducir unos pesos sentimentales de una manera sutil, compleja, intensa, nunca vulgar. La poesía y la arquitectura tiene un punto de confluencia que es su carácter abstracto» (Margarit 2020: 63). En varios poemas de *Animal de bosque* se nota esa confluencia, que también surge en torno al concepto de *construcción*. Lo vemos en «La casa» («Cada uno es su casa. La que fue construyéndose. / Que, al final, se vacía»), en «Construir» y, sobre todo, en «Recuerdo de un campo», donde el muro es símbolo de la vejez, transmite belleza y verdad (igual que un buen poema) y finalmente implica la serenidad ante la muerte: «Y no ignorar la muerte, porque eso / es no comprender nada de la vida».

Los momentos más sombríos de la enfermedad se adivinan en «¿Qué se acerca?» («Ya no creo el poema: ahora he de buscarlo / encerrado en las cárceles más lóbregas / que en mi interior ha ido dejándose la vida»), mientras que «Última pausa» concede a la poesía la capacidad de hacer que permanezcan los rostros más amados (tal vez se pueda ver aquí una lejana reminiscencia de Kavafis); son los poemas más difíciles de escribir: «Es una insobornable austeridad / la que se impone al final. Calla y escucha. / Llamabas a esto amor, en algún verso». En otro viaje de retorno, «Inspiración» muestra una escena insólita: el poeta maduro contempla al joven que empezaba a escribir como si fuera un hijo y desearía haber llegado a ser un «poeta presocrático», quizás por la atención a lo más elemental, aquella fuerza que invoca el poema «En torno de Babel». Y en esa misma línea, «Consuelos» centra el origen de su poesía en Tenerife, a mediados de los años cincuenta; reaparece, así, aquella «isla del tesoro» a la que el autor se ha venido refiriendo desde *Edat roja* (1990) y que en *Animal de bosque* conserva todo su brillo: «Aquel mundo perdido del que vienen, / —incluso este— todos mis poemas». Vemos en el libro algunos homenajes a escritores de la generación de los cincuenta, unos años mayores que Joan Margarit. «Ángel González en el recuerdo» habla de una noche en Madrid (yo tuve la suerte de reunirme con los dos en Málaga) y de la complicidad en la tristeza, aunque también se intuye la

divergencia vital: «Tu consuelo de noches y de alcohol / y mis amaneceres en las obras / no se encontraron nunca». Distinto es «El largo final (recordando a Juan Marsé)»: a propósito del novelista se sitúan en primer plano una ciudad común (Barcelona, evidentemente), unos personajes y unas historias que, de otro modo, constituyen también el núcleo de la obra de Joan Margarit: «A su generación, tan literaria / y tan alegre en un país tan triste, / fue recubriéndola el desamparo, como al fondo del mar los desperdicios». El homenaje al escultor Josep Maria Subirachs (1927-2014), once años mayor que Joan Margarit, pero muy cercano en la amistad y en el trabajo —en la restauración de la Sagrada Familia participaron ambos— podría incluirse en este capítulo de complicidades.

El poema que cierra el libro, «Epílogo», insiste en la idea de no buscar subterfugios ni consuelos falsos: «Esto es lo más cercano a una verdad / y a la vez más lejano de todas las mentiras / que puede utilizar mi soledad». Volvemos a citar a Jordi Gracia: «No ha nacido *Animal de bosque* como largo epitafio para sí mismo, sino como variación lúcida y vigilante contra sí mismo, cuando casi todo conspiraba para ceder a la modulación más sentimental, o incluso a la queja» (Gracia 2021:). Pero no aparece la queja en *Animal de bosque*, sino una afirmación final en el penúltimo poema, que quiero citar íntegro. Se titula «La montaña más alta» y va dedicado a su mujer, sus dos hijos y sus nietos (Mariona, Mònica, Carles, Eduard y Pol): «Animales de bosque, la buscamos, / por más que desconfiemos de mirar hacia arriba. / No conozco respuestas que no inspiren sospecha, / pero es pensar en ello lo que le da un sentido. / Aquí estoy, escribiendo, protegido y rodeado / por tanto tiempo juntos. Me iré amándoos. / Y algo mío intentará volver».

A. J. M.—UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Bibliografía

- GRACIA, J., «Ès l'alegria la que em mou a escriure», *El País*, 16 de febrero de 2021.
- MAINER, J.-C., «Joan Margarit: una poesía exigente», en *Joan Margarit Consarnau. Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes 2019*, Madrid, Publicaciones del Ministerio de Cultura y Deporte, Secretaría General Técnica, 2021, s/p.
- MARGARIT, J., *Un invierno asombroso*, Madrid, Visor, 2017.
- *Todos los poemas (1975-2012)*, Madrid, Austral, 2018a.
- *Para tener casa hay que ganar la guerra*, Madrid, Austral, 2018b.
- *Poética. Construcción de una lírica*, Barcelona, Arpa, 2020.
- *Animal de bosque*, Madrid, Visor, colección Palabra de Honor, 2021.
- MORANTE, J. L., «El tiempo y su desorden. Joan Margarit», en *Palabras adentro. 23 entrevistas literarias*, Lucena, Las cuatro estaciones, 2003.

A. JIMÉNEZ
MILLÁN /
JOAN MARGARIT:
ANIMAL
DE BOSQUE

INSULA 831



«LA ÚLTIMA CASA DE
MISERICORDIA: JOAN MARGARIT»

INSULA 897
SEPTIEMBRE 2021

5